

Anuncios, películas, sermones, discursos y hasta las noticias del telediario... todo se tiñe en estas fechas de nobles sentimientos. ¿Están en nuestra naturaleza o es que nos volvemos un pelín, por decirlo suavemente, hipócritas?

¿BUENAS SÓLO POR Navidad?

por PILAR ARRANZ + fotos CARLOS ALBA

En estos días, si usted se cuenta entre quienes siguen los mandamientos navideños a rajatabla, se sentará frente al televisor y, por si no estuviera har- to de turroneos, se meterá en vena una sesión de almibar extra. Como man- da la tradición, algún canal habrá programado la película de Frank Capra *¡Qué bello es vivir!*, ese homenaje del celuloide a los buenos sentimientos. Los espectadores se dividen entre los que alaban el espíritu bonachón del protagonista interpretado por James Stewart y la moraleja beatífica del filme, y los que denuncian el empalago de un guión que, para ellos, no puede ser más fantástico: sólo en la ficción, alegan, puede salir triunfante el alma altruista de quien mira por el interés de los demás, olvidando el suyo. Como dijo Alex de la Iglesia en *Crimen perfecto*, «eso es sólo una película, en la vida real siempre ganan los malos». ¿Qué hay de cierto en ello? Desde luego, cuando no rondan las Navidades, el modelo de triunfador que vende la televisión no deja lugar a dudas sobre qué valores priman en la so- ciedad. Allí vence el que posee una lengua más afilada y el que hace caja a costa de desgra- cias ajenas y propias. En política, sobrevive el más hábil para sortear cuchilladas y lanzárselas al enemigo y, por lo que parece, aquel al que no le tiembla la mano a la hora de llenarse los bolsillos. En lo laboral, ahí están, apoltronados en sus sillones, los que obtienen beneficios a costa de dejar atrás al resto. Sostenía el filósofo Jean-Jacques Rousseau que el ser humano posee una naturaleza magnánima; Thomas Hobbes, por el contrario, afirmaba aquello de que «el hombre es un lobo para el hombre». La lucha entre el bien y el mal ha estado presente a lo largo de toda la historia, pero ¿cuál de los dos contendientes ha salido triunfante? ¿Los que juegan de forma sucia obtienen hoy mejores resultados que los que se guían por la ética? La escritora Marta Sanz, la socióloga Irene Aterido, la actriz Inma Cuevas y la doctora Sofía Ruiz del Cueto se enfrentan a estas preguntas.

YO DONA. Reza una de las frases legendarias de Mae West: «Cuando soy buena, soy buena; cuando soy mala, soy mucho mejor». Quizá, como dice Alex de la Iglesia, en nuestro inconsciente está escrito que la malicia siempre será más provechosa. ¿Creéis que realmente hay muchos que actúan de acuerdo a la frase de la actriz?

Marta: No conozco a nadie que abiertamente se declare mala persona; todos defendemos nuestra esencia bondadosa. Los genocidas, por poner un ejemplo extremo, encuentran a menudo una excusa grandilocuente para justificarse; en el fondo consideran que sus actos

1

Marta Sanz

Escritora. Su última novela es *Lección de anatomía* (Ed. RBA). Acaba de publicar la antología *Libro de la mujer fatal* (451 editores).

2

Irene Aterido

Socióloga. Experta en temas de género. Miembro del Colegio de Politólogos y Sociólogos de Madrid.

3

Sofía Ruiz del Cueto

Médico. Especialista en medicina estética.

4

Inma Cuevas

Actriz. Actualmente compagina su trabajo en la serie de TVE *La Señora* con la obra teatral *Mi primera vez*.



[1]

[2]

[3]

[4]

son correctos. Recuerdo una escena de *Entrevista con el vampiro* en la que Tom Cruise le dice a Brad Pitt que matar no es reprobable, pues forma parte de su naturaleza.

Irene: Los *vampiros* de ficción puede que se justifiquen así, pero los humanos presentan otra coartada. Los perversos, los que se sitúan en las lindes de la moral, se amparan en esa idea tan en boga de que hay que velar por uno mismo. Con el escudo de que debemos ser un poco más egoístas, legitimamos las acciones más oscuras.

Inma: No creo que exista una sola persona que, de una manera maquiavélica, diseñe un plan para fastidiar a otro, que se levante cada mañana maquinando cómo jorobar al que tiene al lado. El humano no es taimado por naturaleza.

Sofía: Efectivamente, yo tampoco he observado jamás esa premeditación, o quizás es que mi candidez no la quiere ver. Lo que sí supongo que se produce de forma más habitual es que los individuos se marcan unas metas y las intentan conseguir, le pese a quien le pese. ¿Podemos calificar eso de perverso? Por supuesto, porque lo es el resultado, pero sin olvidar que quien actúa de semejante modo no lo contempla así.

Marta: En este tema hay que considerar un factor importante: la concepción de lo correcto y lo punible siempre tiene que ver con la moral de cada uno. Seguro que yo coloco el umbral de lo reprobable en un lugar distinto al de otros.

Como apunta Marta, la frontera entre el bien y el mal tiene hoy más de individual que de colectivo. Hasta hace bien poco, en una sociedad marcada por la religión católica, la

«

Hemos heredado ese relativismo moral de las sociedades sajonas: importan los fines, nunca los medios.

»

Irene Aterido

calificación de lo demoníaco era muy clara. El que pecaba sabía que, cuando muriera, iría directo a las calderas de Pedro Botero y que, mientras viviera, recibiría, con probabilidad, el repudio de sus semejantes. Por tanto, un avaro, un soberbio y hasta un amante de los placeres carnales estaban condenados al descrédito. Pero ¿ocurre hoy algo similar? ¿Qué pecados reciben rechazo?

Marta: De adolescente, me crié viendo a la bruja Avería gritando «¡viva el mal, viva el capital!». Quizá por esa influencia, asocio el lado oscuro del ser humano con conceptos relacionados con el capital, la usura, la rapiña, la insolidaridad...

Irene: Estoy de acuerdo, Marta. En este país hemos hecho una transición muy rápida desde una sociedad tradicional, con una cultura católica muy fuerte, a una forma de vida importada, procedente del protestantismo, en la que a uno se le conoce por sus obras. Por eso el individuo debe luchar, ante todo, por el éxito, ser muy productivo y un gran profesional. Esa es la gran meta, y la forma en la que se alcance no es relevante. Hemos heredado ese relativismo moral de las sociedades sajonas: importan los fines, nunca los medios.

Inma: A mí me repatea especialmente la actitud que mantienen algunos en el mundo laboral. Ahí se reproducen los egoístas y los estrategas, los que tienen habilidad para lucirse saboteando al compañero. En ese terreno la humanidad brilla por su ausencia, y esa mala fe es muy dañina.

Irene: Precisamente por eso que cuentas, Inma, la bondad se valora cada vez más en el ámbito de lo privado y se demoniza más en el laboral.

Marta: Lo que dices encierra mucho peligro. Parece que somos almas cándidas que nos ponemos una máscara para salir fuera de nuestro hogar y que, en el exterior, nos convertimos en depredadores. Pero hay que tener mucho cuidado con lo que uno parece ser porque, al final, lo acaba siendo. Vamos, que te llevas la máscara a casa y acabas justificando tus estrategias. Además, la sociedad te dará la razón: aquí se jalea al pillo y el que no medra es el bobo.

Sofía: Efectivamente, Marta. Para mí resulta →



especialmente preocupante la imagen que se da en los medios del triunfador. Ahora, el más admirado es aquel que suelta por su boca más barbaridades. No interesan los comportamientos ejemplares. Esta fascinación por lo canalla se escapa a mi comprensión. Quizás a muchos ciudadanos les ocurra lo mismo que a Susanita, el personaje de *Mafalda*, que leía los diarios para comprobar lo estupenda persona que era.

Inma: Sí, en el fondo de la cuestión está eso que dices. En el momento en que observas a los villanos, sus formas de actuar, inmediatamente haces un análisis sobre las tuyas. Y, como los modelos que se presentan en los medios son tan radicales, de personajes dañinos que no conocen el significado de la ética, tu propio comportamiento saca, al menos, un notable.

A este respecto, sostenía Confucio: «Cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo; cuando veas a un hombre malo, examínate a ti mismo». «Y no caigas en la complacencia», podríamos añadir, porque, como señalaba Inma, es fácil dejarse llevar por ella cuando uno compara sus pequeñas vilezas con las tropelías de los personajes que pululan por la escena pública. Pero quizá no sea ese nuestro único pecado. Albert Einstein denunció en su día el sinsentido de aplaudir a rabiar los comportamientos loables de unos y, al tiempo, mirar hacia otro lado cuando alguien cercano comete una tropelía. «El mundo no está en peligro por las malas personas», afirmaba, «sino por aquellas que permiten la maldad.» La pregunta salta rápidamente a la palestra:

En este terreno, como decía Einstein, ¿se peca también por omisión?

Marta: ¡Por supuesto! A veces la agudeza crítica se asocia con la malicia, cuando es sinónimo de lucidez. Ya Luzbel se presentaba como *malo* simplemente por ejercer de insumiso y rebelde, y llevamos siglos arrastrando ese craso error. Hoy permanecemos impasibles ante las injusticias por esa idea, falsa, del talante. Yo reivindicó esa acepción demoníaca de la maldad, la que te moviliza para luchar contra el adocenamiento.

Inma: Nos frenamos mucho a la hora de decir a otros cómo los calificamos, a ellos y a sus acciones. Por el hecho de no ofender, toleramos conductas poco plausibles. Si la persona te importa, si existe algún vínculo afectivo, aún puedes mojarte. Si se trata

«
En el terreno laboral,
la humanidad brilla
por su ausencia.
Ahí se reproducen
los egoístas y los
estrategas.»»

Inma Cuevas

de un desconocido, no te implicas.
Sofía: Me parece increíble que la maldad siga vinculada a la rebeldía, sobre todo si se tiene en cuenta la figura de Jesucristo, uno de los mayores enemigos de la injusticia.

Marta: Precisamente a Jesucristo, en su época, se le consideró malévolo. A quienes tienen capacidad de insumisión, afán transformador, se les cataloga, automáticamente, como delincuentes.

Irene: Más en nuestro país, porque aquí arrastramos ese conformismo del que hablas desde aquel régimen autoritario bajo el que vivimos 40 años. Durante cuatro décadas, los valores fundamentales fueron la obediencia y el silencio. Así nos educaron. Luego nos llegó de fuera la moda de lo políticamente correcto y, entre una cosa y otra, nos hemos vuelto inmovilistas. La creatividad, el espíritu crítico, el debate, todo está estigmatizado. En cuanto dices algo que no encaja con los modelos vigentes, te tachan de rebelde, siempre con el tono despectivo que se le da a esa palabra.

Aún no habéis mencionado el estigma de malicia que rodea al universo femenino. ¿En esto, el sexo también cuenta?

Marta: Lo que se alaba en un hombre, la competitividad, la agresividad, se rechaza en la mujer. El único mal de Eva fue la curiosidad, el deseo de saber. Ese concepto lo rescata muy bien Alejandro Amenábar en *Ágora*, a través del personaje de Hipatia, castigada por lo mismo. Fijaos: nos llaman malévolas simplemente por ser curiosas.

Inma: Se piensa que somos más retorcidas; que la mente de los hombres, por simple, no representa un peligro. Sin ir más lejos, a mí me parece que, en cuanto a la amistad entre mujeres, funciona más la competitividad y, por ende, el intentar jorobar a la otra.

«No conozco a nadie que abiertamente se declare mala persona; todos defendemos nuestra esencia bondadosa.» *Marta Sanz*

«Las mujeres hemos heredado de los hombres los principios que predominan actualmente, la agresividad, el individualismo. Pero, mientras en ellos se defienden a muerte, en nosotras se critican.» *Sofía Ruiz del Cueto*

Sofía: No estoy de acuerdo. Los principios que predominan en la actualidad, la agresividad, el individualismo, los hemos heredado de los varones. No los traíamos *de fábrica*, los adoptamos para sobrevivir en el mundo laboral. Pero mientras en ellos se defienden a muerte, en nosotras se critican.

Irene: Claro, porque los valores *femeninos* siempre han estado vinculados, de alguna forma, con la lealtad, con el apoyo emocional; al menos nos han dejado jugar ese papel positivo. En el imaginario público aún está la idea de que un hombre bueno es un *calzonazos*. A la mujer, si es demasiado candorosa, se la considera una *beata*.

no. Si ves que el éxito sólo surge con la mezquindad, comienzas a considerarte idiota, y optas por convertirte en un *bicho* para sobrevivir. Por eso hay tanta gente honesta que tira la toalla, porque se da cuenta de que abona en terreno baldío.

Sofía: Sí, pero luego cada uno se tiene que ir a dormir con su conciencia, con lo que piensa que debe hacer y lo que el entorno le empuja a ejecutar. Hay que realizar un verdadero juego de mala-



justintimberlake.com

GIVENCHY

RWD PLAY FWD

LA NUEVA FRAGANCIA MASCULINA

www.givenchy.com

«Sí, pero te hartas y dices: '¡Hasta aquí he llegado!' Cansada de luchar contracorriente, te sumas al carro de los que vencen con artimañas indecorosas», declara Inma. Entonces, ¿en nuestra sociedad acaban llevándose el gato al agua, y por goleada, los malos, los del caiga quien caiga? Ha llegado el momento de decantarse...

Marta: Ahora el malo resulta simpático: el que no medra es tonto y está permitida cualquier conducta que lleve al éxito. Hasta tal punto sucede esto que se criminaliza al pobre, porque parece que lo es por voluntad propia, pues este mundo te da armas para no acabar como un paria. ¿Que si ganan los hombres y mujeres sin escrúpulos? Sí, ganan y se pasean por la vida con el cartel de triunfadores.

Sofía: El tiempo es el gran baremo, y no creo que el mal triunfe a la larga. Las posturas poco éticas pueden ganar temporalmente, pero luego todo vuelve a su cauce. La victoria del pícaro tiene su momento, pero no un largo recorrido.

Inma: Deseo creer eso, Sofía. Todos llevamos un alma bondadosa en nuestro interior, pero esta se pierde cuando los demás no aprueban nuestras actuaciones honestas. Los que reciben la palmadita en la espalda son los tramposos.

Marta: Claro, Inma, en el fondo todos buscamos el reconocimiento de nuestro entor-

bares para encontrar el equilibrio entre la ética personal y los mensajes del exterior. Porque, sin duda, la lección que tenemos impresa en la retina es la de que el malo siempre sale victorioso.

Irene recuerda que, «en todas las religiones, que hasta hace poco daban las pautas éticas para movernos en el mundo, siempre triunfan las fuerzas del bien». Cierto o no, siempre queda el dicho popular: *A todo cerdo le llega su san Martín.* **XO**

WWW.YODONA.COM
Opina
PICAROS U HONESTOS. ¿QUIÉNES TRIUNFAN ENTRE NOSOTROS?